

## ‘El estudiante solitario’, de Carlos Arnaudo

María Beatriz Delpech / Universidad de Buenos Aires

Natalia Graciela Jakubecki / Universidad de Buenos Aires

---

*Recibido el 15 de diciembre de 2017. Aceptado el 08 de diciembre de 2017.*

### > Resumen

La presente publicación tiene como objetivo principal presentar el ensayo escrito por Carlos Arnaudo, alumno de la carrera de Filosofía en el programa UBA XXII en el Penal de Ezeiza. El contexto de producción de dicho trabajo se encuentra íntimamente relacionado con su contenido y es por ello que cuenta con una breve introducción. La misma está a cargo de las docentes del Taller de ensayo filosófico –marco en el que fue escrito el texto– con el fin de señalar el papel pedagógico que cumple el ensayo dentro de la enseñanza de la Filosofía, especialmente si se toman en cuenta las trayectorias educativas de los alumnos en contextos de encierro.

El ensayo de Arnaudo reflexiona acerca del lugar que ocupa la Universidad en la construcción de una subjetividad marcada por una expectativa social e institucional que automatiza los procesos del pensamiento hasta, prácticamente, anularlos. Trata de poner en relieve la beligerante coexistencia del ámbito académico con el penitenciario y de la difícil tarea que enfrentan los alumnos al momento de asistir a sus clases. Pero también muestra la profunda gratificación que puede proveer una comunidad de profesores y alumnos que se disponen a desafiar no pocos obstáculos y a privilegiar un vínculo que abre nuevos horizontes.

» *ensayo, filosofía, taller, pedagogía, encierro.*

### > Abstract

The main purpose of this paper is to introduce the essay written by Carlos Arnaudo, student of Philosophy in the UBA XXII program at the seat of the University located in Ezeiza Penitentiary. The context of production of his work is intrinsically connected with its contents. Therefore, we have included a brief introduction, written by the teachers of the Philosophical Essay Workshop –the framework in which this text was written–, in order to show the pedagogical roll of essays in Philosophy teaching, especially if we keep in mind the educational trajectories of the students in context of confinement.

Arnaudo’s essay reflects on the role the University plays in the construction of a subjectivity marked by the social and institutional expectation that makes the thinking process automatic to the point of its cancellation. It attempts to highlight the belligerent coexistence between the

academic and penitentiary spheres, and exhibits the difficult task that students face when attending their classes. Nevertheless, the essay also shows the deep gratification that can be provided by a community of teachers and students ready to confront many obstacles and to privilege a bond that opens new horizons.

» *essay, philosophy, workshop, pedagogy, confinement.*

## > Introducción

En 2013 el Centro Universitario de Ezeiza (CUE), perteneciente a la Universidad de Buenos Aires, comenzó con el dictado de materias de la carrera de Filosofía. Se abrió un espacio de ampliación física de la Facultad de Filosofía y Letras pero por sobre todo se ampliaba el perfil de los estudiantes que eran convocados a esta disciplina tan polifacética y tan necesaria para el desarrollo de las comunidades humanas. El CUE funciona al interior del Complejo Penitenciario Federal I (CPF I) que provee a la Universidad de un contexto muy diferente para la enseñanza del nivel, así como de nuevos desafíos para los profesores y coordinadores de las diferentes carreras y departamentos. Por esta razón, el programa de extensión *Filosofía y Territorio* del Departamento de Filosofía, a través de uno de sus proyectos, "Exploración en Formatos Textuales", buscó planificar diferentes actividades que pudieran acompañar la cursada de estos nuevos alumnos, con el objetivo de garantizar su inclusión sin sacrificar los estándares de exigencia de la carrera pero cuidando su trayectoria educativa para acogerlos lo más hospitalariamente posible en este mundo disciplinar que se les presentaba. Así, se comenzó con el "Taller de escritura académica" desdoblado en dos niveles. El primer nivel estaba orientado a reforzar las bases de la escritura en general y el segundo nivel pretendía presentar los géneros y requerimientos específicos de la escritura académica. No obstante, este esfuerzo resultó fallido por razones de índole práctica: la heterogeneidad de niveles educativos de los alumnos del CUE y el hecho de estar dando pasos incipientes en el recorrido curricular de la Filosofía hicieron que los contenidos del programa del Taller –confeccionado *a priori*– se mostraran inadecuados para ese grupo particular. Para un alumno con condena relativamente larga, hablar de un resumen para una presentación a un congreso le resultaba poco interesante y los artículos para revistas académicas o los proyectos de tesis e investigación ocupaban un horizonte demasiado lejano como para resultar relevantes en esta etapa. La situación exigía un cambio de rumbo, y en el interior del debate acerca de los géneros académicos nos encontramos con el ensayo como herramienta y como mediación.

El ensayo es un género que para muchos abarca demasiado y para otros se limita sólo a la crítica literaria. Pero su riqueza y tradición dentro del pensamiento filosófico abre el mundo de la especulación desde una perspectiva personal sin soslayar la exigencia de cierto rigor en la lectura y la investigación. Por eso, el ensayo filosófico resulta una herramienta pedagógica que propone a los alumnos precisamente eso, ensayar la escritura de sus ideas respecto de temas muy disímiles y atender a la necesidad que la mayoría tiene de expresarse, de decirse en primera persona, pero orientando también estas reflexiones hacia aquello que la experiencia individual tiene de general e interpela a una comunidad. La intención era que las lecturas que proponían los profesores de la carrera se pusieran en diálogo con aquellos conceptos que ya habían recogido en sus experiencias tanto educativas como de vida.

Esta herramienta también se acomoda a otra variable material de este nuevo contexto de la filosofía universitaria: su brevedad como característica típica (no excluyente, pero sí recurrente) responde a la falta de computadoras y de cuadernos en los que escribir borradores de trabajos. Pensar en un artículo de publicación académica es pensar en unas diez mil palabras que en letra manuscrita abarcaría al menos unas treinta carillas. Es verdad que durante miles de años la filosofía se ha practicado de puño y letra, pero si se pretende convocar e incluir, debemos entender esta dificultad como un elemento de disuasión y posponerla como invite. Por tanto, el ensayo nos da a todos un punto de partida para un recorrido que puede o no terminar en un tratado filosófico pero que resulta menos apabullante y permite la búsqueda de la propia voz, esa que todo filósofo o licenciado está llamado a encontrar y no debería jamás perder.

Asimismo, el ensayo aborda desde sus temáticas un dominio infinito de cuestiones que pueden servir para dar inicio al camino de la reflexión filosófica. No se pretendió desde esta perspectiva asumir una disciplina sin criterios ni campos de trabajo relativamente definidos en la discusión que enfrenta permanentemente la comunidad académica en su quehacer cotidiano, pero se puso como objetivo que el puntapié inicial del juego filosófico que la Universidad les estaba proponiendo fuera amable con sus intereses y preocupaciones. Ya habrá tiempo para las distinciones y las subdisciplinas que complejizan tan productivamente las 'totalidades' que esconden premisas y supuestos que necesitamos plantear y problematizar. Por ahora, la intención ensayística abre posibilidades en términos de construcción de este conocimiento sin tratar de forzar un modo de pensar que va madurando en su ejercicio y en contacto con las grandes obras de la tradición. Ensayar un argumento o una idea no habilita la mera copia "pre-formateada" de una actividad intelectual ajena, sino que exige una cierta simetría en el encuentro con los referentes de la disciplina. En un ensayo, el elemento personal puede abandonar sus prejuicios respecto de las autoridades y volverse incluso irreverente para debatir sin miedo sus ideas y sentar las bases sobre las que construir la autoestima profesional que requiere toda producción relevante.

Además, el ensayo no exige una conclusión cerrada que dé cuenta del trabajo exhaustivo sobre una cuestión que la mayor parte de las veces demanda años de lecturas y de intercambios de opiniones e interpretaciones con colegas locales o de otras nacionalidades. Pedagógicamente hablando, se presenta como una oportunidad para profundizar en el planteo de preguntas, en la descripción de situaciones, en la especulación como manera de dar soluciones a problemas, sin el requerimiento de una pericia demasiado sofisticada. En este mismo sentido, los recursos argumentativos a utilizar pueden ser muy diversos ya que se trata de poner en palabras aquellas intuiciones que buscamos plantear en la escritura. El proceso mismo de escribir apelando a esos recursos obliga a su autor a detener el ritmo vertiginoso de sus pensamientos para reparar en oraciones que van construyendo el entramado problemático o el argumento. La habilidad, entonces, no se presupone sino que se va adquiriendo en el transcurso de su puesta en práctica.

Por todas estas razones, la consigna de este segundo taller, ahora renombrado "Taller de Ensayo Filosófico" que, no olvidemos, es un curso optativo de acompañamiento, exigió de los inscriptos la escritura de un ensayo de mil quinientas palabras cuya temática fuera relativamente libre y cuya redacción se llevara a cabo a lo largo de ocho semanas. En los primeros encuentros propusimos lecturas de ensayos con el propósito de definir el género y la puesta en común de las

ideas de los alumnos para que esta actividad nueva fuera socializada y discutida entre pares, esto es, entre alumnos universitarios. Esto último también nos permitía trabajar a partir de la coyuntura de este contexto específico que es el penal. Los alumnos son personas que llevan una "letra escarlata" que pretende, con bastante éxito, diluir sus identidades en un conjunto de archivos que los nombra con su número de interno, su pabellón de residencia, su condena y su crimen. El marco de la Universidad les devuelve de algún modo sus nombres propios y su capacidad de enfrentar la interacción con interlocutores que ponen el acento en otros aspectos de su personalidad, a saber, su condición de alumnos, con todo lo que esto implica.

En su primera experiencia, el Taller tuvo un único aprobado. Algunos alumnos presentaron proyectos de ensayo sumamente interesantes y otros hasta entregaron trabajos finales que no alcanzaban las mil quinientas palabras que exigía la aprobación del taller. Tomamos una decisión consciente de no ser cómplices de las frustraciones de nuestros alumnos o compañeros. Pretendemos con este taller presentar un desafío que les exija dar un paso más en su camino reconociendo que las condiciones están lejos de ser ideales, pero sabiendo que la indulgencia nos transforma en partícipes del crimen estructural que no hace más que reforzar –en ellos en tanto alumnos, y en nosotros, en tanto docentes– la idea paternalista de que no pueden hacer más que lo que hacen. No subestimar sus capacidades fue la máxima consensuada explícitamente desde el primer día.

A continuación encontrarán publicado el texto que escribió Carlos Arnaudo. No es la intención de esta presentación mostrar un éxito descollante de la plasmación de una propuesta sobresaliente por parte de docentes y coordinadores destacados. La inclusión en el ámbito de la Filosofía de este particular grupo de personas es una tarea ardua y trabajosa que tendremos que reformular una y mil veces hasta encontrar la habilidad pedagógica precisa que responda a estas necesidades específicas. Tampoco buscamos compartir con nuestra comunidad disciplinar el ensayo de Arnaudo con el objetivo de desplegar ante sus miradas un ejemplar extraño digno de kermesse. Este alumno, el único que consiguió escribir un trabajo final de acuerdo con la expectativa del Taller, nos indicó con sus palabras el rol que puede cumplir la Universidad en cualquier comunidad y en múltiples circunstancias. La vida de los seres humanos está plagada de estigmas y de adversidades, y esta institución está llamada a algo más que impartir una técnica o un contenido curricular. El texto de Arnaudo lo vuelve relevante a él y a todos nosotros como componentes de la comunidad que nos incluye, que nos vuelve su semejante. Por tanto, no se trató de incluirlo a él simplemente, sino también de que él nos incluyera, para entablar un diálogo en el que los más experimentados en la filosofía académica pudiéramos guiar y ayudar a los que estaban recién comenzando, entendiendo que nuestra condición gregaria nos hace buscarnos en el camino que recorremos en soledad hacia la Universidad. Todos somos ese alumno solitario que encuentra en la mirada de sus pares la estima necesaria para construir nuestras trayectorias educativas que nos hacen relevantes en nuestros diferentes contextos de inserción. Y educarnos nos vuelve siempre, o debería volvernos, seres subversivos que desafíen "el sistema" animándose a cuestionar las propias conductas y hábitos, y a ensayar distintas formas de transitar nuestra existencia.

Con la publicación de este ensayo, que para muchos será un proto-ensayo pero que otros lograrán leer con orgullo por el coraje de uno de nuestros futuros colegas, esperamos varias cosas que

podrán enumerarse de manera independiente pero que, al fin y al cabo, son diferentes aspectos de una misma expectativa. Esperamos visibilizar los logros del esfuerzo conjunto que se hace en las aulas del CUE; mostrar y, en cierto modo, denunciar, que la educación carcelaria no debe ser entendida como un privilegio sino como un derecho y hasta como una necesidad a que la sociedad en su conjunto no puede darse el lujo de ignorar; invitar a los demás alumnos del CUE a que escriban, porque ser autor no es “para bochos” –como más de una vez dijeron– sino para quien se dedica; y, finalmente, esperamos que los lectores encuentren también inspiración para sus propios desafíos académicos.

## El estudiante solitario

Carlos Arnaudo

Noviembre 2016 – CUE

Cuando uno se pregunta o imagina cuál es la manera de estudiar, la respuesta más común y frecuente es que hay distintas maneras, pero que para hacerlo –coincide la mayoría– hay que tener un espacio donde uno se pueda concentrar y no haya interferencia entre el estudiante y el material de estudio, en este caso, los libros de texto. La conclusión más habitual es que hay que aislarse y hacerlo en solitario, para que uno se concentre y comprenda lo que estudia, y no se dispersen los pensamientos.

Todo esto viene a cuento de ser estudiante en un lugar que tiene o alberga a casi doscientos cincuenta personas hacinadas en seis galpones, como las barracas de los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial; con baños y duchas colectivas separados de la cocina por una pared cuya abertura sin puerta hace que se mezclen los olores. Donde a continuación, sin separación alguna, está el comedor de unos cuarenta y nueve metros cuadrados, y luego una semipared que no cubre más de la mitad de la altura hasta el techo, quedando un espacio entre pared y techo que permite que los ruidos y los olores penetren al dormitorio colectivo que le continúa, con camas dobles, es decir, una baja y otra alta con una separación con la cama siguiente de 40 centímetros. Esto da muestra de la nula privacidad que reina en los galpones “barracas” donde todo se escucha –voces, ruidos, murmullos– y donde se ve y se oye lo que uno y otro hacen, sin capacidad de movimiento, sin poder evitar chocarse unos con otros. Espacio similar a esos galpones donde crían pollos todos amontonados que comen, duermen y hacen sus necesidades en el mismo lugar, pero en este caso se trata de personas.

Sin embargo, el estudiante solitario, aislado en la muchedumbre, toma el camino hacia la universidad.

Cuando uno sale por la mañana con su valija con los libros y recorre unos cincuenta metros hasta la puerta enrejada de salida, en el transcurso escucha: “mirá, ¡ahí va el estudiante!” o “ahí sale el abogado”; y en la puerta, mientras uno espera, escucha comentarios como: “ahí vino el que va a la universidad” “¿ya hay que sacarlos?” “¿es el horario?” “¿tenemos móvil?” “¿quién lo lleva?”...

Pero la cosa cambia luego de un intrincado camino, entre ver en qué camioneta te llevan, el paso por las distintas barreras. Anunciando que va a la Universidad y remarcando el apellido, para no repetirlo. Después de varias vueltas en círculo y luego de entrar en el espacio destinado a los vehículos, el estudiante ingresa a la universidad.

Es como que cambia el aire, que éste se hace más liviano y respirable, y uno se encuentra con compañeros y profesores. Se siente el cambio entre un lugar donde uno está sumergido en esa masa amorfa del sinsentido y el ámbito del pensamiento, de las ideas; y es como que se le abre la cabeza a las clases, al mundo de las palabras, la enseñanza de los profesores y sus cátedras. Y entonces recuerdo una clase en la que un profesor mencionó a distintas personalidades que en un período de su vida vivieron una situación de encierro (como Boecio o Galileo, entre otros), sin materiales para escribir, con prohibiciones para hacerlo, pero que se la rebuscaron y llegaron, como Antonio Gramsci, a escribir en una especie de código, treinta y dos *Cuadernos de la cárcel* para expresar sus ideas sin victimizarse, ideas que perduran hasta el presente y son parte de programas de estudio.

Por eso el estudiante solitario, aislado en la muchedumbre, sigue el camino hacia la universidad.

Por otro lado, uno es la misma persona, pero el contexto en el que se encuentra es totalmente distinto. En la unidad donde me encuentro, estudiar no es percibido como una actividad para progresar y llegar al conocimiento, sino de una manera despectiva. Uno es identificado como "un gil", es decir, como una persona que se sacrifica inútilmente y no tiene la viveza suficiente, la picardía, la astucia para vivir de acuerdo a la perspectiva que otros tienen de cómo es "vivir la vida". Pero no todos lo creen así. Hay quienes dicen que les hubiera gustado estudiar, como un compañero que encontré en un camión de traslado para comparecer en Tribunales, que me comentó que estudió dos años pero que tuvo que dejar. Me dijo que mientras permaneció en la universidad se le abrió la cabeza, descubrió algo diferente a lo que venía viviendo, y que un traslado a otra unidad le cortó la continuidad.

Pero la mayoría, la "muchedumbre", que es anónima, que se suma a la opinión o al decir de algunos, aprovecha ese anonimato y le atribuye al otro, por ser distinto, una rareza, una inferioridad o una categoría despectiva. Se escuchan comentarios irónicos como "el estudiante", "el come libros", o más directos como "el gil que se deja verduguear", "que no se rebela", sin darse cuenta de que estudiar, ir todos los días, aprender, es estar mejor preparado para defenderse en el mundo; les rompe el sistema establecido y va contra la corriente. Ciegos a la realidad de que se transforman en internos ignorantes que se dedican a fumarse un porrito, a no hacer nada productivo para ellos ni para los demás, a ser nada más que una reproducción, lo que el sistema quiere y necesita para seguir subsistiendo: pelearse por un horario de teléfono, hablar solamente de temas vinculados a la cárcel -"a la tumba", como se la denomina-, tumbar contra los nuevitos, los "primarios", o hacerlo entre ellos dando como resultado un conflicto de fuerzas para ver quién es mejor, quién es el "poronga" que lleva el pabellón o incluso la unidad. Y así terminan siendo funcionales a lo que supuestamente combaten, es decir, son funcionales al sistema.

La violencia con la que reproducen la situación a través del tiempo, repitiendo el esquema de la "muchedumbre", los lleva a ser trasladados adonde no se sabe cómo terminarán, donde las condiciones de vida y la supervivencia sin sufrir consecuencias son poco probables. Al ser parte de la "muchedumbre" no se diferencian de la manera homogénea de pensar, de manejarse, de vincularse, de sobrellevar su tiempo, es decir, de dejar que pase el tiempo así nomás, porque sí, como zombis, todos tratando de conseguir algo para que corra el tiempo, vestidos igual, con el mismo lenguaje común y repetitivo: "me muero", "no te regales", "vamos con esa", "ortiva", "armate un arpón", "no te conozco de ningún lado", etc. La muchedumbre, aun con el cambio de alguno de sus componentes, se mantiene y sigue anónimamente su reproducción del sistema establecido. En medio, están las tribus que conforman esta muchedumbre: los fumancheros, los fisuras, los pistoleros, los merqueros, etc. Todos ellos siguen su rutina de zombis anónimos.

En cambio la universidad, el espacio universitario, aunque pequeño en lo físico, es muy grande en lo que hace al espíritu, el alma de los que concurren a él. Es el lugar que concierne al crecimiento, al aprendizaje, al conocimiento intelectual o simplemente al compartir e intercambiar saberes en la convivencia del encuentro día a día y semana a semana. A pesar de todas las dificultades y obstáculos para acceder a este espacio universitario en este contexto de encierro, sumados a los inconvenientes en lo académico con los problemas de lecto-escritura y comprensión de textos y conceptos que conllevan... a pesar de todo eso, uno siente que está en un camino donde va descubriendo nuevos mundos a medida que lo transita. Un camino más luminoso, con más esperanza, donde clase a clase, parcial a parcial, se siente la necesidad de atrapar conceptos, términos que nos llevan indudablemente a seguir un rumbo que no nos imaginábamos dentro de este contexto restrictivo y destructivo. Un camino que nos acerca al mundo libre, aunque sea por momentos y hasta el próximo encuentro.

Por eso, el estudiante solitario, aislado en la muchedumbre, sigue día a día, más que nunca, su camino hacia la universidad.